





DÉBORA ARANGO. EL ARTE APRISIONADO POR LA SOCIEDAD

Gérman Negrette Andrade[1]

“Yo tengo mi convicción de que el arte, como manifestación de cultura, nada tiene que ver con los códigos de moral. El arte no es amoral ni inmoral. Sencillamente su órbita no intercepta ningún postulado ético“.

“Nunca hice nada al escondido de mi misma”.

“Yo creo que el pintor no es un realista al detalle. Cuando se pinta hay que darle humanidad a la pintura. Si no fuera así, estaríamos haciéndole competencia a los fotógrafos. Algunas personas amigas se extrañan de mis cuadros y llegan a decirme que cómo puede ser bello un desnudo, a juicio de ellas grotesco. Ahí está el grande error. Un cuerpo humano puede no ser bello, pero es natural, es humano, es real, con sus defectos y deficiencias. Por otra parte no se debe tener un concepto superficial de belleza

Estas líneas pueden describir la visión del arte y el mundo que tenía Débora Arango. Una mujer que le tocó vivir en la Antioquia de principios de siglo XX, en una sociedad encerrada por sus dogmas católicos y una mojigatería moral que calaba hasta los tuétanos su estilo de vida.

Débora Arango no está exenta de este entramado cultural, su educación a manos de las monjas salesianas, en el Colegio María Auxiliadora de Medellín, debió servir para que la niña envigadeña siguiera replicando el molde conductual de aquella sociedad de la década del 20...pero no fue así. Con el impulso de la madre salesiana María Rebaccia y su creciente interés por el arte, una

admiración inagotable por lo estético, lo natural y lo humano, Débora Arango reta los paradigmas e ingresa al Instituto de Bellas Artes de Medellín, que por aquellos días dirigía Eladio Vélez, pero se retiró dos años después por considerar su instrucción convencional y limitada, orientada sólo hacia la adquisición de habilidades técnicas. En realidad el interés artístico de Débora estaba en los frescos de Pedro Nel Gómez.

Más adelante su admiración por las formas corporales y las líneas de los cuerpos femeninos la llevan a consolidar los elementos que articulan su estilo: desnudos, política, violencia, y marcas sociales. Estos son los cuatro pilares que soportan la obra pictórica de Débora

Arango, pero también fueron un arma de doble filo con la que la sociedad antioqueña y fuertes músculos políticos nacionales se van lanza en ristre contra la pintora por considerar su obra como una aberración que terminaría de lapidar la moral del país; a su parecer, ya teníamos un gran problema con La Violencia del 50 como para agregarle ahora una nueva preocupación en cuanto a educación, conducta, y buenas costumbres a las familias colombianas.

Aun así logra una extraordinaria producción artística, obras como: Amanecer (1939), Montañas (1940), Gaitán (1940), La huída del convento (1944), Meditando la fuga (1930-40), La raza en las calles (SF), Maternidad negra (1944), Sueño desnudo (40-50) y Orquídeas (30-40), sólo por mencionar algunas, dan cuenta de un trabajo innovador y bien logrado, con un mensaje claro y fuerte. Pero tanta presión y arremetidas por varios flancos a la persona de Débora Arango, opacaron su espíritu libre y decide dejar las exposiciones, los viajes y las galerías de arte y se refugia en una casa campestre (Casablanca) en su ciudad natal hasta los últimos años de la década del 80 cuando comienza a cambiar la visión de arte y

moral del país y se reconoce a Débora Arango como un icono de la pintura nacional con perspectiva mundial. En 2005 muere siendo reconocida como una de las artistas nodales de la pintura colombiana.

Así pues, mostramos a Débora Arango como una representante de perseverancia, trabajo y una lucha incansable fundamentada en crear, analizar, criticar y corregir. De la misma manera en esta revista proponemos un espacio abierto en constante construcción y cambio, para la consolidación de nuestro quehacer como investigadores de las dinámicas sociales a la luz de las teorías clásicas y contemporáneas de la Antropología.